será lo mas acertado emprender desde luego la marcha, pues estamos demasiado cerca de nuestros enemigos.

—¿Y dónde estan Manlio, Julia y Aurelia? preguntó Silvia.

—Probablemente muy lejos en el mar, si es que han tenido la suerte de salvarse, y antes de internarnos en los bosques, seria conveniente dar una vuelta por la playa para ver si averiguamos algo.

—Quiera Dios que la tempestad no les haya sido fatal, murmuró Silvia dirigiendo al cielo una mirada suplicante.

—Señora, repuso Horacio, es preciso tener firmeza y partir ahora mismo, porque los momentos son preciosos.

Silvia despertó en el acto á su hija, á quien unas horas de sueño habian devuelto todas sus fuerzas, y entretanto Horacio llamó á Jacobo, que por la primera vez pudo esplicarse y referir los pormenores de lo sucedido durante la tempestad.

El brigante se dirigió entónces hácia la costa, mas aunque ya no llovia, soplaba un viento muy fuerte, y Silvia y su hija caminaban con mucha dificultad. Horacio y Jacobo miraban por todas partes para ver si descubrian los restos de un naufragio, mas no habiendo encontrado nada, dedujeron que sus amigos estaban en salvo.

Poco despues, y mas tranquilizados, nuestros viajeros se internaron por el bosque, en el cual no era de temer se perdiesen, llevando un guia tan práctico como el valeroso Horacio.

CAPITULO XXV.

La retirada.

Despues del conflicto ocurrido en los Baños de Caracalla, la situacion de Attilio y de sus compañeros llegó á ser muy comprometida. Cierto es que el traidor habia pagado su infamia con la vida, y no lo es menos que los mercenarios del Gobierno llevaron la peor parte en la lucha, pero la policía estaba ya alerta, y aunque no enteramente segura, sospechaba donde podria encontrar á los jefes de la conspiracion.

Si todos los amigos de la libertad que estaban fuera de Roma hubieran sido tan activos como Attilio y sus compañeros, se hubiera alcanzado seguramente una victoria el 15 de Febrero, pero los moderados, egoistas é intrigantes, no querian escuchar las palabras de ¡*á las armas*! y preferian aguardar, con la esperanza, sin duda, de que el maná de la libertad les caeria del cielo, ó que el estranjero vendria á salvar el país.

¿Qué les importaba á ellos la dignidad nacional y la sonrisa de desprecio de todas las naciones europeas? Los moderados no pen-

saban sino en lucrarse, obteniendo destinos, y por lo tanto permanecian sordos á toda proposicion noble y patriótica, si el aceptarla les esponia á perder los beneficios que disfrutaban.

Esta cobardia de la clase media es la causa de la degradacion de Italia en la actualidad, y tambien á ella se debe que el suelo de nuestro pais se humedezca tantas veces inútilmente con la sangre de sus mas nobles y valerosos ciudadanos. Hé ahí tambien la razon por qué todos los proscriptos se refugian en los bosques, donde se entregan á una vida errante para evitar la venganza de los prelados, mientras los pobres y los que no tienen suficiente valor se ven reducidos á la mas espantosa miseria.

Por lo dicho se comprenderá cual era la situacion de Roma á principios del año 1867, época en que, sin embargo, hubiera podido llegar á regenerarse, á ser poderosa y á proclamar su independencia y libertad, si el estranjero no hubiese venido en auxilio del mal llamado *padre de su pueblo*.

Roma se halla ahora sometida á un vergonzoso yugo, y arrastra las cadenas con que se ha dejado sujetar por Francia.

En la tarde de cierto dia del mes de Marzo, Attilio, Muzio y Silvio se reunieron en casa de Manlio para deliberar acerca del partido que deberia tomarse, pues habian permanecido en Roma con la esperanza de hacer algo y nada consiguieron, porque las autoridades ejercian tal vigilancia, que no era posible se reuniesen los 300 compañeros de Attilio.

—De nada sirve, esclamó el jóven artista, sacrificar su vida y sus bienes en favor del país, mientras los moderados (1) se

(1) Los *moderados*. — Ultimamente se ha querido atribuir al que se titula partido moderado el mérito de haber propuesto los medios para realizar la unidad italiana, pero adviértase que el mismo Geoberti, que es el fundador de ese partido, dijo en las Cámaras de Cerdeña el dia 10 de febrero de 1849, es decir, el dia antes de empezarse la campaña que terminó con la derrota de Novara, que en su concepto la unidad de Italia era una quimera, y que no se debia esperar mas que su union. Si se examinan los escritos, los discursos, los actos de todos los principales hombres del partido moderado, hasta un período muy reciente, podrá observarse que todos sin escepcion, no solamente se muestran opuestos á la unidad, sino que trabajan para obtener una solucion muy distinta. Esto puede verse en las diversas obras y folletos publicados hace poco. Minghetti, Ricasoli, Farini y otros hombres eminentes, han apoyado siempre una confederacion de príncipes mas bien que la unidad de Italia. Por lo que hace á Cavour, se ha tratado de probar últimamente que desde su primera juventud concibió la idea de llegar á ser ministro de la Italia unida, y en un artículo publicado en el *Quaterly* por una persona muy conocida, se hace mencion de una carta escrita por Cavour en 1829 ó 1830, en apoyo de dicho aserto. Este hombre político estuvo arrestado por algun tiempo en el fuerte de Bard con motivo de haber manifestado sus opiniones políticas con alguna mas libertad de lo que debiera, y en contestacion á una carta que le dirigió una señora, condoliendose de su situacion, decia lo siguiente: «Os doy las mas espresivas gracias, señora marquesa, por el interés que os tomais al verme en esta situacion, pero creedme, á pesar de todo haré mi carrera. Tengo mucha ambicion, una ambicion desmedida, y cuando llegue á ser ministro espero justificarlo, porque hasta en mis sueños me parece estar ocupando ya ese cargo en el reino de Italia.»

Esta es una carta notable y de mucho interés para demostrar la confianza que tuvo en el porvenir desde su mas temprana juventud uno de los mas eminentes políticos de nuestros tiempos, pero ninguno de aquellos que conozca la historia moderna de Italia, podrá ver en dicha carta la profecía de esa decantada unidad. Se ha demostrado hasta la evidencia que la unidad de Italia no era una parte del programa práctico del partido moderado. Segun se dice, Cavour fué el que fundó en 1847, con sus amigos César Baldo, Santa Rosa, Buon-campagni, Castelli y otros hombres de ideas moderadas, el periódico que se tituló *Risorgimento*, del cual llegó á ser editor, y se anunció que los principios que defendia eran, la independencia de Italia, la union entre los príncipes y la liga entre los estados italianos. Despues de sostener que Ricasoli y los jefes del partido constitucional, eran los que habian llamado á la gran familia Ducal á Toscana, y que Geoberti proponia la vuelta del Papa á Roma, decíase en el periódico. «Era una inmensa ventaja para los príncipes deber su restauracion á los mas inteligentes y mode-

empeñen en contrarrestar nuestros esfuerzos, reconciliándose con los enemigos de Italia. Pero, ¿cómo es posible que haya romanos que hagan eso? ¿Cómo es posible que vivan en armonía con los mismos que nos han vendido, que nos han humillado, á los ojos de las naciones, y que despues de apoderarse de nuestra ciudad, han atormentado nuestros padres y violado á nuestras vírgenes?

Dejándose dominar por la cólera, Attilio habia ido levantando

poco á poco la voz de un modo que hubiera podido comprometerle, pero Silvio, mas comedido, le dijo:

—Hermano mio, os ruego que hableis mas bajo, pues ya sabeis que se nos persigue, y podria haber algun espía aquí cerca. Tened como yo paciencia por ahora; dejemos á Regola encargado de nuestros asuntos, y huyamos de la ciudad, toda vez que en el campo no nos faltan verdaderos y valerosos amigos. Dejad á Roma hasta que se canse de ser la víctima de esos sanguijuelas que se titulan Santos Padres, y que solo viven por la impostura y la tiranía; marchémonos; nuestros nobles compatriotas nos llamarán acaso brigantes y aventureros, como hicieron con los

rados de sus súbditos. Todo lo que pedian los hombres mas sabios é influyentes de Italia era la union federal de los diferentes estados de la península, bajo una base constitucional de la que no se escluiria ni aun á la casa de Austria.»

En la conferencia de Paris, en 1855, despues de la guerra de Crimea, el Piamonte estaba representado por Cavour, quien hizo ver á los hombres políticos cual era la situacion del país, mas no pudiendo entrar de lleno en la cuestion italiana, dirigió dos notas oficiales á Lord Clarendon, manifestándole cuales eran sus opiniones. Su plan se reducia principalmente á establecer una confederacion de los estados de Italia con instituciones constitucionales y una garantía para asegurar la independencia, escluyendo la intervencion directa de Austria. En aquella época, es probable que el gran político hubiera consentido hasta en la ocupacion de Lombardía por dicha nacion, si se hubiese conservado dentro de los límites del tratado de 1815.

Ahora bien, pocos serán los que no hayan notado cuan pomposos elogios se han hecho de lo que se llamó la moderacion de Cavour, atribuyéndole á el y á su partido todo el mérito de haber proyectado la unidad italiana, y nótese bien que aun predomina la opinion de que nadie sino aquel hombre político y sus amigos ha hecho cosa alguna para llevar á cabo tan árdua empresa. Propagar semejantes ideas es poco generoso y á la vez injusto, y de esperar es que asi lo consignará la historia.

Aun puede citarse otro testimonio en apoyo de la verdad. El 12 de setiembre de 1861, el corresponsal del *Times* de Turin, decia lo siguiente al hablar del ministro de Italia Larina: «Ya recordareis que en la *Emilia* acostumbraba Larina á criticar al partido moderado, quejándose de su inutilidad en una época de verdadera crísis» (1).

(1) El conde Cavour escribió desde Paris en 1856 á M. Ratazzi lo que sigue: «He visto á Mr. Manin, y me parece muy buen hombre, pero siempre habla de la unidad de Italia y de otras tonterías por el estilo.» La Larina, agente de Cavour en 1860, dió en dicho año la siguiente esplicacion al hablar de las diferencias con el general Garibaldi: «Yo he creido y aun creo que la única salvacion para Sicilia es el gobierno constitucional de Víctor Emmanuel.»

Mil durante la gloriosa espedicion de Marsala, que despues asombró al mundo; pero ¿qué nos puede importar esto? Ahora como entónces trabajaremos en favor de la libertad de nuestra desgraciada patria, y cuando esté resuelta á emanciparse volaremos en su auxilio.

CAPÍTULO XXVI.

El bosque.

Despues de haber caminado unas dos horas á través del bosque, sin que ni Silvia ni su hija descubrieran sendero alguno, Horacio se detuvo en un claro donde se veia una espesa cañada. Jacobo el marino habia prestado un buen servicio á las viajeras, apartando las ramas y la hojarasca que les impedia caminar, y como el tiempo habia cambiado, aun cuando hacia bastante viento, los fugitivos pudieron continuar su marcha sin contratiempo alguno.

—Señora, dijo entónces el brigante á Silvia, sentaos sobre esa piedra con Clélia y descansad un poco, pues conozco que estais muy fatigadas, y entretanto iré yo con Jacobo á buscar algun alimento.

Silva y Clélia dieron las gracias con una dulce sonrisa, á su generoso protector, quien despues de haber estendido su capa para que aquellas estuviesen con mas comodidad, se internó en el bosque seguido del jóven marinero.

Silvia estaba rendida de fatiga, pero Clélia mas jóven y mas fuerte, se hallaba muy animada, si bien no la desagradó descansar un poco mas en aquel sitio agreste y solitario, donde no se veia ningun sér humano.

Dejándose llevar de su vivacidad natural, la jóven se levantó á poco para cojer algunas flores que habia visto, é hizo con ellas un ramo que presentó á Silvia, en el momento mismo en que una detonacion que retumbó en todo el bosque, anunció á las fugitivas que su protector se hallaba cerca de allí.

En efecto, poco despues se presentaron Horacio y Jacobo llevando un oso pequeño, herido de muerte por la certera bala del aventurero, y á invitacion de éste, Clélia que sabia un poco el inglés, rogó á Jacobo que buscase algunas ramas secas para encender fuego, lo cual se hizo en el acto.

La carne de los animales es muy necesaria para el alimento del hombre, pero debemos convenir en que el oficio de carnicero es muy repugnante, sobre todo para aquellos á quienes inspira compasion la muerte de séres inocentes. A Horacio, sin embargo, no le sucedia esto, pues acostumbrado á la vida de los bosques, érale preciso mantenerse de la caza, y así es que con maravillosa destreza y segura mano, desolló el oso, le redujo á cuartos, y cortando algunos trozos de la parte mas tierna, los asó en el fuego y se los presentó á sus hambrientas amigas. Jacobo repitió la operacion, y de este modo, todos pudieron satisfacer su apetito, recobrando las fuerzas que tanto necesitaban para continuar el camino.

La gente de mar es por lo regular muy divertida, sobre todo cuando ha pasado mucho tiempo sin saltar en tierra, y así es que Jacobo, olvidando el grave peligro del cual escapó casi milagrosamente, mostróse el mas alegre de todos, y en compañía de la hermosa Clélia, no echó de menos á sus compañeros del *Seagull*,

que probablemente estarian aun luchando con las olas del tempestuoso Océano.

Acabada la comida, los viajeros continuaron su marcha, descansando cuando Silvia se sentia fatigada, y al fin llegaron por la tarde á un sitio desde el cual se veia una especie de castillo, de los que en aquellas costas parece haber respetado la mano destructora del tiempo, y que estaba situado en el lindero del bosque, á la entrada de una vasta llanura; algunas encinas centenarias ocultaban en parte á la mirada de los viajeros aquel vetusto edificio.

Horacio rogó entónces á sus amigas que se sentaran en un banco de musgo, alejóse algunos pasos, y sacando un cuerno de caza produjo un prolongado y agudo sonido.

Aquella debia ser sin duda una señal, pues á los pocos momentos se oyó la contestacion, y un hombre que vestia un traje muy semejante al de Horacio, se aproximó á éste con muestras de profundo respeto y le estrechó la mano cordialmente.

El brigante habló algunas palabras con su compañero en voz baja, y haciendo luego una seña á las fugitivas para que se acercasen, las invitó á entrar en aquella solitaria morada,

CAPITULO XXVII.

El castillo.

El período mas glorioso para la antigua capital del mundo, se desvaneció con la República y con la majestuosa sencillez de aquel sistema de gobierno, por que desques de la batalla de Zama, en la que fué derrotado Anibal por Scipion, los romanos ya no tuvieron enemigos poderosos, y siéndoles fácil conquistar otras naciones, enriqueciéronse con sus despojos, entregandose luego á una vida de disipacion y de placeres. De este modo llegaron á degradarse de una manera vergonzosa, y al fin se convirtieron en esclavos de aquellos á quienes habian subyugado antes, con lo cual quedaba suficientemente castigado su orgullo. Sin embargo, la última generacion de la República brilló en todo su esplendor, y en ella figuraron algunos hombres que han dejado en la historia una página gloriosa y que escitaron la admiracion del mundo. Sertorio, Mario, Sila, Pompeyo y César, fueron las grandes figuras de su época, y si este último hubiera reunido á sus cualidades de gran general la abnegacion de Sila, habria sido segura-